

Prólogo

La *estética del poder* se fundamenta en el reconocimiento previo del *poder de la estética*. Los regímenes políticos de todo tipo y condición han organizado y siguen elaborando complejos sistemas de símbolos, signos e imágenes como eficaces modos de actuar sobre la conciencia pública. De hecho, quizá podríamos afirmar que la esfera del poder político ha constituido uno de los primeros ámbitos que ha demostrado de modo ostensible la existencia de lo estético fuera de los restringidos marcos del arte: en la expresión visual del poder encontramos discursos estéticos que dotan de forma e imagen a acontecimientos políticos que se encuentran muy lejos de esa concepción del arte como actividad autónoma y desinteresada. Han sido numerosos los artistas, arquitectos, escenógrafos, y, más recientemente, fotógrafos, cineastas o publicistas que se han dedicado a expresar la estética del poder. Muchos de ellos acabaron convirtiéndose en funcionarios al servicio del Estado y se afanaron en proclamar la grandeza del faraón, del emperador o del rey, del sátrapa, del autócrata o el dictador. La glorificación del poder implica el dominio de todos los recursos de la puesta en escena para crear un halo en torno al líder, un aura que lo ubica en una distancia heroica, erigido sobre el pedestal, cercano, pero a la vez inalcanzable.

El libro que aquí presentamos, *Franquismo de cartón piedra*, es un episodio muy significativo de esta larga historia de la escenografía del poder. Puede que el periodo estudiado no sea uno de sus capítulos más brillantes. Es cierto. A pesar de ello, después de la lectura del concienzudo estudio emprendido por Jorge Bogaerts en estas páginas, seguramente el lector convendrá conmigo en que la arquitectura efímera y de propaganda del franquismo se erige en uno de los aspectos más elocuentes y significativos para adentrarnos en la comprensión profunda de la ideología de esta etapa histórica. Todos hemos tenido delante fotografías o hemos visionado en algún momento fragmentos del NO-DO con fotogramas o secuencias protagonizadas por actos de exaltación del régimen franquista. Los desfiles de las tropas uniformadas, los discursos inflamados, la simbología del régimen, los yugos y las flechas, las cruces, los mástiles y las banderas, ocupan una posición precisa en estas escenografías con el intento de subyugar y dominar la voluntad a través de

una monumentalidad fingida. Los referentes últimos eran, sin duda, las colosales escenografías realizadas por Albert Speer en el Zeppelfeld de Nüremberg y sus fulgurantes e inmatriciales haces de luz difuminados hacia el cielo en grandiosas escenografías que envolvían e involucraban por igual a los símbolos abstractos y a las masas humanas movilizadas. El franquismo nunca llegó a alcanzar este nivel de sublimidad en la fusión de la individualidad del líder con la energía del pueblo. Pero sí que aspiró a erigir espacios dedicados a la concentración de las masas y a la celebración de grandilocuentes rituales conmemorativos.

Jorge Bogaerts ha emprendido en este libro una rigurosa reconstrucción documental de la arquitectura efímera y de propaganda del primer franquismo. Y para ello ha asumido un peculiar enfoque, la biografía. El núcleo de la investigación, y también de su discurso narrativo, se centra en la figura del arquitecto asturiano José Gómez del Collado, principal artífice de estas aparatosas y retóricas escenografías de los primeros años de andadura del prolongado régimen dictatorial. Se exhuma de los archivos una personalidad muy poco conocida hasta este momento y ello, a pesar de que, como he apuntado, puedo aventurar que casi todos nosotros hemos visto en alguna ocasión alguna de sus composiciones efímeras. Esta aproximación a la actividad de Gómez del Collado como escenógrafo del primer franquismo permite a Jorge Bogaerts recorrer y pautar este periodo, no solo para reconstruir la intensa y extensa actividad profesional de este arquitecto, sino también y sobre todo para trazar una radiografía completa de las aspiraciones ideológicas de la España de los años cuarenta con la recreación de episodios públicos muy relevantes de estos años. En estas páginas veremos cómo concurren de modo destacado las celebraciones del 18 de julio y el 1 de abril, los días del Alzamiento y de la Victoria, con el horizonte de la Guerra Civil todavía muy cercano, o las festividades del 12 de octubre, el entonces conocido como “día de la Raza”, junto a otros muchos actos de exaltación del régimen. El lector tendrá la ocasión de recorrer la agenda pública del general Francisco Franco y seguir sus movimientos y sus puestas en escena en la Ciudad Universitaria de Madrid, el Cerro de los Ángeles, El Escorial, Zaragoza, Marín o Alcalá de Henares, entre otros lugares. El caudillo aparecerá siempre aislado y distante, pero rodeado de sus asistentes y presidiendo en la tribuna actos militares, religiosos y culturales, inauguraciones o paternalistas entregas de viviendas protegidas e incluso le podremos seguir en las apariciones públicas de sus periplos vacacionales por el norte. Pero también seremos invitados a recorrer ese año 1947 que fue protagonizado por el famoso viaje de Eva Perón que el incansable escenógrafo Gómez del Collado engalanó profusamente con banderas españolas y argentinas en sus distintas etapas y escalas de sus dos recorridos por una España eufórica, pero hambrienta.

El libro, con estos contenidos y este hilo argumental hábilmente hilvanado por Jorge Bogaerts, saca a la luz materiales procedentes de diversos archivos que hasta el momento no habían sido escrutados ni publicados. Debe destacarse sin duda la aportación inédita y original de esta investigación que ha sido realizada a través de una paciente y minuciosa reconstrucción de todos estos actos públicos, con descripciones y datos pormenorizados, en los que tampoco faltan suculentas anécdotas, y que son acompañados de una abundante documentación gráfica que es insertada de modo muy preciso en el texto. El esfuerzo y el rigor de la labor documental, archivística y bibliográfica son buenas pruebas del buen “oficio” de historiador de Jorge Bogaerts que recorre con soltura diversos registros de esta disciplina, como la biografía, la historia del arte, la intrahistoria o la historia de las mentalidades. Pero no quisiera dejar de señalar en estas líneas introductorias que el lector posiblemente se sorprenderá al encontrarse con un texto traspasado por una riqueza expresiva y narrativa que, sin desviarse nunca del rigor histórico, convierte a este relato en una amena y grata experiencia de lectura, con un desarrollo argumental que atrapa como si de una novela se tratase y se articula como una secuencia encadenada de acontecimientos y sucesos que culminan en un final sorprendente que, por supuesto, no desvelo aquí, pero que adelanto mucho tiene que ver con el enfoque biográfico que ha sido adoptado como punto de partida.

De todas estas escenografías en “cartón piedra” que Jorge Bogaerts recupera y nos presenta no ha quedado nada físico o material. Solo su recuerdo captado en la instantánea fotográfica. Su condición efímera contemplaba su carácter provisional desde su misma creación. Pero también hoy han desaparecido casi todos aquellos signos y símbolos del franquismo que, por el contrario, se pensaron con pretenciosa vocación de eternidad. Las estatuas públicas se han desmontado de sus pedestales, las placas de las calles han cambiado sus dedicaciones, los monumentos rememorativos se han vaciado de contenidos, pues es cierto que la sociedad democrática no puede vivir y convivir rodeada de la presencia abrumadora de las sombras épocas que hemos decidido dejar atrás hace ya varias décadas. Estas escenografías provisionales eran en realidad el correlato efímero de los afanes monumentales que la dictadura trataba de perpetuar en piedra, bronce y acero. Lo perenne, lo eterno eran, sin duda, las líneas escuetas y desnudas de El Escorial, el clasicismo puro y metafísico que se trataba de emular. La colosal empresa del Valle de los Caídos fue, en definitiva, la última y definitiva escenografía del franquismo. El carácter silencioso y fúnebre de su explanada estaba destinada al vibrante fervor de las concentraciones bajo el signo de la cruz. Pero hoy solo queda el vacío espectral de los espacios solitarios y desnudos, una vacía escenografía de piedra que las nuevas generaciones apenas entienden y que requiere de la explicación, de la interpretación.

Con el desvanecimiento progresivo de aquella “memoria histórica”, pensamos que bien merece la pena revisar con detenimiento y objetividad, como magistralmente lo hace Bogaerts, aquellos años de ampulosa retórica y dramática carestía, de exaltación y postración al mismo tiempo, que nos muestran un régimen que se debatía entre un idealizado deseo de sueños imperiales y una realidad perentoria que, a la postre, acabaría imponiéndose.

IGNACIO GONZÁLEZ-VARAS IBÁÑEZ
Catedrático de Historia de la Arquitectura
Madrid, 16 de abril de 2022